

*Primer ensayo del libro: Tres semillas de granada de la autora mexicana Rose Mary Salum, publicado en 2019 con el sello editorial Vaso Roto.*

1

Desde que crucé la frontera que divide los Estados Unidos de México, esa línea que en un descuido se abre como una zanja, el inglés aprendido en mis años mozos dejó de funcionar correctamente y, para mi asombro, mi pronunciación se apelmazó y sus palabras se rebelaron en mi contra: los sustantivos se vaciaron, los adjetivos abandonaron su capacidad descriptiva y los verbos se transformaron en una especie de parálisis. Por una razón que no he acabado de entender y me ha robado cientos de horas frente al sillón del psicoanalista, el inglés que manejaba con tanta confianza y articulaba con acento casi imperceptible se desprendió de mi lengua y se desplomó quebrándose en mil pedazos, tal como el espejo de Blancanieves cuando abandonó la tarea de devolverle la imagen acostumbrada, cuando la realidad del mundo había cambiado, cuando dejó de ofrecer las mismas respuestas. Las sesiones con el psicoanalista no fueron suficientes para subsanar el sentido de pérdida; por lo tanto, en un acto de profunda desesperación decidí visitar a un experto en la práctica de la hipnosis. Después de asistir a varias sesiones, una mañana le confesé al doctor que al día siguiente presentaría una conferencia en inglés y estaba asustada. Desesperado me dijo: *Just talk! Let it out!* Bastante confundida por su reacción, me levanté del asiento, pagué la consulta y volví al mundo con mi lengua quebrada bajo el brazo.

Mi español también ha sufrido los estragos del cambio, sólo que en este caso el deterioro se ha revelado de forma distinta. La gramática se nota alterada y mi expresión oral se ha inundado de anglicismos y palabras del spanglish. Mi escritura flota sobre un océano de ambigüedades y los adverbios no modifican nada. Mi estilo abandonó la poesía y optó por el pragmatismo. Los resultados no han sido óptimos. Vivir en el extranjero ha limitado mi decir y entorpecido mi destreza para expresarme con nitidez en mi propio idioma.

Mi ascendencia (provengo de una familia que salió de Líbano en la Primera Guerra Mundial) ha aumentado mi sentimiento de extranjería. Durante la infancia conviví con el árabe, pero solamente aprendí las malas palabras y algunas frases sueltas. Este idioma se volvió inaccesible porque los mayores lo hablaban para que los chicos no entendiéramos. Sin

embargo, fuera del hogar, los abuelos se limitaban al castellano. La discriminación que sufrieron en aquella época desmotivó su práctica abierta. La gente los llamaba «turcos», por lo que dejaron el árabe para ciertas reuniones familiares y la intimidad del hogar. Crecí de lleno con ese idioma sin jamás apropiarme de él, pero con toda su visión del mundo y sus tradiciones. Las consecuencias de haber crecido con una lengua que, por paralela, fue inalcanzable, resultan una incógnita; nunca he reflexionado seriamente sobre ellas.

El gusto natural por la literatura en estas condiciones ha sido desgastante: ha requerido horas extras de estudio, tratamientos psicoanalíticos y periodos enteros de inseguridad. Vivir en un hábitat ajeno erosiona las sutilezas de la expresión.

En medio de estas circunstancias, con una lengua quebrada, una prácticamente fantasmal y otra duramente afectada, entendí que el exilio era parte de mi esencia. Que mis mudanzas sólo eran la extensión de aquel viaje emprendido por mis abuelos cuando llegaron a América en busca de paz y un lugar donde desarrollarse. Entendí también que mi relación personal con la poética del desplazamiento, con ese estado incierto e indefinido, era mucho más íntima de lo que yo misma había querido aceptar. La frase soy de ahora perdía su significación más tradicional y me arrojaba a un viaje interno en busca de un concepto lo suficientemente dúctil para adaptarse a las nuevas circunstancias. Por lo pronto, la zanja ya se había abierto y comenzaba a tragarse mi voz. Con frecuencia me descubría en México escribiendo sobre Líbano, en los Estados Unidos sobre México, y, al visitar el Medio Oriente, regresé cargada de nuevas historias sobre la guerra. Un conflicto bélico tan extranjero como lo puede ser el conflicto entre demócratas y republicanos, pero tan cercano como transitar por la misma avenida donde fluye mi realidad.

La acumulación de dislocaciones ha añadido una fisura a mis lenguas y acarrea consecuencias tan simples como la de no poder encasillar mi raza en los formularios o sociales que la vida diaria requiere, así como las más sofisticadas: la pérdida y, por ende, el cuestionamiento de mi identidad. Si pudiera afirmar con certeza que soy una latina (aunque en realidad no lo sea porque el término está destinado a las escritoras de origen latinoamericano que escriben en inglés, y, como dijimos antes, mi inglés se fracturó), sería una latina confundida, una libanesa mexicana (un término inexistente porque en México las estructuras sociales que se refieren a los orígenes operan por canales distintos) y una americana desdoblada (un concepto políticamente impensable pero altamente descriptivo).

A eso lo llamo mis circunstancias. La territorialidad en cuestión. La constante disyuntiva: ¿a cuál geografía de mi imaginario y del imaginario colectivo pertenezco? Quizá a la perenne no pertenencia, a la obligada y dudosa extranjería. O tal vez a la mutante sensación de no estar, de no acabar de llegar, de no acabar de partir, de no acabar de ser, de no poder descifrar quién habita estos nuevos territorios mentales y físicos, de vivir en un entremedio, entre espacios, entre lenguas. Enfrentar la confusión que crea la mirada del Otro al percibirnos, la extrañeza mostrada cuando advierten un acento, la inclinación de su cabeza cuando hablo, el incremento del volumen de su voz cuando me contestan y el regodeo de la dicción cuando se dirigen a mí: *Where-do-you-originally-come-from?* La mirada perdida cuando tratan de entender palabras que en mi dicción se pronuncian exactamente igual: *beach/bitch, bean/been, leave/live*. ¿Cuál es la diferencia? ¿Una i larga, una i corta? Las exquisiteces de la comunicación.